

Mis emigrantes: mis abuelos y mi padre

Ángel González Lozano

Yo tengo tres emigrantes: Mi padre, mi abuela y mi abuelo. Por tanto tengo dos historias, la de mis abuelos y la de mi padre. Comenzaré con la historia de mi abuelo, pues mi padre me ha dicho que es mucho más interesante. Y porque, además, mi abuelo la escribió con orgullo en una libreta, de la que puedo sacar muchos datos y descripciones llenas de emoción. Yo no conocí a mi abuelo, pero cuando yo era pequeño, mi abuela me contaba muchas cosas de él, y es casi como si lo hubiera conocido.

Mi abuelo tenía seis hermanos. Todos habían nacido en una pequeña y pobre aldea de la provincia de León, en España. Mi abuelo, Mateo, era el tercero de los hermanos por el orden de nacimiento, y sé que nació un 5 de octubre del año 1900 y se dedicó durante su juventud a las labores agrícolas, segando trigo, vendimiando, cuidando el rebaño de ovejas, ayudando en el deshierbe de la huerta y yendo a vender productos a las ferias..., y recuerdo que mi abuela me contaba que mi abuelo tenía un perro de caza muy obediente e inteligente al que le llamaba Gol. Sé que una vez mi abuelo cogió la escopeta un día que había nevado mucho y salió con Gol, y encontraron las huellas de una liebre y las siguieron. Se había metido entre unas peñas que tenían una pequeña cueva como si fuera un túnel de metro y medio de largo con un hueco de entrada y otro de salida y mi abuelo quiso coger viva a la liebre. Metió el brazo pero solo logró tocar los pelos de la liebre sin poderla agarrar porque ésta, al notar la presencia del perro, se había arrimado al otro hueco. Entonces mi abuelo tapó con unas piedras ese hueco, dejó al perro allí y dio la vuelta para agarrarla por el otro lado, pero el perro quitó las piedras y al ver que no podía entrar por ese hueco, dio la vuelta para ir por el otro, lo que aprovechó la liebre para salir a todo correr por el hueco libre y se les escapó a mi abuelo y a Gol.

Al hablar de mi abuelo y sus hermanos pudiera decir que esta es una familia de emigrantes. Todos eran muy jóvenes cuando emigraron. La aldea, que se llama Matanza y que según mi padre, queda cerca de Astorga, tenía la tierra muy seca y poco fértil y a todos los pueblos de ese lugar le ponían como apellido “de la *sequeda*”, por lo que la vida allí resultaba muy dura y difícil; por eso la juventud emigraba. El mayor de los hermanos de mi abuelo había nacido allá por el año 1895 y emigró a la Argentina cuando tenía 17 años.

Mi abuelo salió de al lado (*sic*) de sus padres cuando apenas tenía 16 años para ir a trabajar a Vigo, donde estaba establecido uno de sus tíos que tenía una tienda de comestibles. Con el tío llevaba ya trabajando desde hacía algunos años un hermano mayor de mi abuelo, el segundo, llamado José, quien había nacido en febrero de 1898. Cuando ya mi abuelo llevaba un año trabajando allí, el día 1.º de octubre de 1917, embarcó desde el puerto de Vigo acompañado de este otro hermano, que tenía 19 años, en un anticuado e incómodo trasatlántico español, el “Alfonso XII”, rumbo a La Habana, Cuba. Mi abuelo cumplió 17 años cinco días después de zarpar en el barco.

A ambos les habían garantizado empleo en Cuba en una tienda de víveres y, según escribió mi abuela en la libreta, eso fue uno de los motivos para salir de España, porque además de que siempre la juventud desea ver mundo, desea buscar también una vida mejor.

Llegaron a La Habana el día 13 de dicho mes por la tarde y al día siguiente empezaron a trabajar en la Plaza del Polvorín, en una bodega llamada “El Agua Fría”, y dos años después se le unió con 16 años Alfredo, el hermano que le seguía en el orden de nacer, y que había nacido en abril de 1903.

Allí pasaron mucho trabajo. Le pagaban un salario del que le descontaban la ropa, la comida y las alpargatas que le dieron por calzado (que mi padre me ha descrito cómo eran) y que sólo le daban otras nuevas cuando se le rompían, por lo que le pagaban poco y trabajaba 10 horas; pero, para ganar más, él y sus otros dos hermanos llegaron a trabajar 15 y 16 horas, y me dice mi padre que mi abuelo tenía que subir sacos de azúcar que pesaban como 200 libras por una escalera de travesaños sin pasamano y se ponía una buena faja para no herniarse. También tenía que llevarle la mercancía a clientes que vivían del otro lado de la bahía, por la Fortaleza de la Cabaña, y llevaba una carretilla con víveres y tenía que cruzar la bahía de La Habana en una lancha con una carretilla para repartir la mercancía y cuando la 1 Guerra Mundial toda la parte esa de la Fortaleza de la Cabaña se quedaba a oscuras cuando llegaba la noche como medida de seguridad. Una vez le cogió allí la noche e iba caminando por un trillo cuando le dieron unos militares el alto y mi abuelo tuvo mucho miedo, pues no había luna y no se veía nada. Me cuenta mi padre que mi abuelo dijo quién era y qué hacía allí, y los soldados le dijeron que anduviera con cuidado, pues no era hora de andar por allí.

También me cuenta que iba por La Habana Vieja repartiendo mandados con una cesta a la cabeza cuando un día unos muchachos de mal aspecto se metieron con él y que uno le pegó un chicle en la nuca y mi abuelo puso la cesta en el piso y le corrió atrás, lo cogió y le dio unos buenos golpes, pero cuando miró descubrió que los otros muchachos le habían llevado la cesta con mandados y tuvo que estar pagando al dueño ambas cosas por un buen tiempo.

Y me han contado que prácticamente no tenían días para salir a pasear, que no tenían tampoco médico, que si enfermaban no le pagaban, y que si iban al médico y éste le cobraba, se lo descontaban del salario. Aquella vida era muy dura. Me han contado, tanto mi abuela como ahora mi padre, que en una ocasión mi abuelo estando en la bodega del “Agua Fría”, pisó una tabla que tenía una puntilla y le atravesó la alpargata y el pie, y le costó mucho trabajo poder descalzarse, pues el clavo no quería salir y cuando lo logró, cogió la alpargata y con ella se dio duro sobre la herida en la planta del pie para que le sangrara bastante, para evitar así que le quedara alguna infección dentro de la herida. Luego lavó el pie herido con el jabón que le daban para lavarse su ropa, le echó bastante alcohol, lo vendó con una tela blanca y siguió trabajando.

Unos años después el mayor de los hermanos que están en Cuba, se va a trabajar al cabaret “El Manzanares”, cuyo edificio aún existe en Carlos III e Infanta –y que, según le dijo mi abuelo a mi padre, era, si no el primero, uno de los primeros en el que trabajaban mujeres para atender a los clientes–, y en el año 1923 entre los tres hermanos compraron dicho cabaret que también era cafetería y restaurante. Mi padre me cuenta que luego también hubo ahí un cine, pero mucho después, y ya ellos no trabajaban ahí.

En ese mismo año de 1923, el 1ro. de octubre llegó procedente de Vigo, España, otro hermano, Victorino, precisamente el día en que cumplía 18 años. Era el quinto por orden de nacimiento, y dos años después llegaba el sexto hermano, Aquilino, con 17 años

Es de notar que en 1925 el mayor de los hermanos en Cuba tenía 27 años; mi abuelo, 25; le seguía el otro con 22; otro más con 20, y el último en llegar con 17.

Mi abuelo ese año se tuvo que operar de las amígdalas en la Quinta de Dependientes del Comercio de La Habana, de la cual era socio, al igual que el resto de sus hermanos, y aunque esa clase de operación era sencilla, a consecuencias de la misma tuvo una gran hemorragia y lo pasó bastante mal.

Después de recuperado, los cinco hermanos trabajaron juntos en el “Manzanares” con mucho entusiasmo y gran sacrificio; pero aparecieron otros negocios similares, atendidos por mujeres, que le empezaron a hacer competencia, por lo que les dejó de ser próspero. En vista de eso decidieron

que había que venderlo como se pudiera antes de que fuese demasiado tarde y les fuera a dar pérdida. Por tal motivo en 1929 entre todos los hermanos compraron una bodega en el reparto Lawton, en el paradero de los tranvías, en combinación con varios otros bodegueros cubanos jóvenes y emprendedores, la cual fue a administrar mi abuelo. Allí también fueron a trabajar el más joven de los hermanos con 21 años y el que le seguía a mi abuelo, con 26.

En 1932 el hermano más pequeño de los que estaba en Cuba y que trabajaba con mi abuelo en la bodega de Lawton tuvo que retornar a España debido a que contrajo una enfermedad pulmonar y el médico le recomendó que tenía que ir a vivir para un lugar donde el clima fuera más frío y seco como el que había aquí cerca de Sancti Spíritus en Topes de Collantes, por lo que decidió regresar a su pueblo natal junto con su madre y el menor de los hermanos que allá vivían, donde el clima tiene esas condiciones, donde se recuperó por completo y nunca más volvió a padecer de los pulmones.

Mi abuelo estaba herniado y en 1935 fue operado en la Quinta de Dependientes. Pocos días después de la operación de hernia se le presentó una complicación: Los riñones no le secretaban orina y por tal motivo pasó 30 días muy mal en dicho centro de salud.

Varios meses después, el 1º de junio de ese mismo año de 1935, embarcó en el puerto de La Habana para hacer su primer viaje de retorno a España a su pueblo natal, Matanza, donde residía su mamá en compañía de los dos hermanos menores, pues su padre había ya fallecido en 1926.

A los pocos meses de encontrarse de regreso en España se le reprodujo la hernia operada, y por temor a otra operación, en la que volviera a tener complicaciones, prefirió continuar soportando esa molestia durante muchos años.

Al año de estar en España lo sorprende allí la Guerra Civil¹ y mientras dura ésta, permanece en la aldea de Matanza en compañía de su madre y del hermano que había estado en Cuba, pues el más pequeño había fallecido en 1936 a penas unos meses antes de estallar la guerra.

Mi padre me hace (*sic*) anécdotas que le contó mi abuelo de cuando la guerra. Dice que mi abuelo iba por un camino cuando vino un camión con hombres armados encima y al cruzarse en el camino, ellos levantaron la mano derecha y gritaron: “Viva Franco” y mi abuelo hizo lo mismo. Y no había pasado mucho cuando se cruzó con otros hombres que alzaron el puño izquierdo y dijeron: “Viva la República” y mi abuelo hizo y dijo lo mismo. Y que dijo mi abuelo que tenía que tener cuidado en no equivocarse pues lo podían tirotear, porque cada rato por eso lugares habían escaramuzas entre unos y otros.

¹ El autor se refiere a la Guerra Civil española (1936-39) (N.E.).

Terminada la Guerra Civil en 1939, la cual fue desastrosa para España, mi abuelo se casó con mi abuela, que había nacido el 13 de octubre de 1915, y que también era del mismo pueblo, el día 8 de junio de 1939 coincidiendo con la festividad de Corpus. Estando en el pueblo, meses después, el 20 de marzo de 1940, nació mi padre a las cuatro de la madrugada.

Ese mismo año, el 1º de octubre, desde el puerto de Vigo embarcaron hacia La Habana los tres: Mi abuelo, mi abuela y mi padre quien en esos momentos iba a cumplir seis meses de edad, hicieron una travesía con mar apacible en el vapor español “Magallanes”, llegando a La Habana el día 13 del mismo mes. Casualmente, las fechas de la primera salida de mi abuelo con su hermano hacia Cuba y la de llegada a La Habana coinciden en mes y día con éstas de ahora.

Se fueron a vivir a una casa que estaba en un pasaje de la calle Milagros. La casa dice mi padre que tenía una sala-comedor, un cuarto, baño, cocina de carbón y un pequeño patio. Mi abuela se ocupaba de la casa y mi abuelo administraba la bodega-cafetería-restaurant del paradero de los tranvías, donde él cocinaba. Y dice mi padre que mi abuelo le contaba a él con orgullo que muchos clientes querían que mi padre le hiciera bacalao a la vizcaína, pues era su especialidad.

José, el hermano de mi abuelo, había traído a Cuba en 1946 a mi bisabuela quien estuvo viviendo aquí tres años, pasando un tiempo en cada una de las casas de los cuatro hijos que tenía aquí.

En 1947 mi abuelo vendió su parte del establecimiento del “Paradero de los tranvías” a su hermano José y a un cubano llamado Lorenzo para descansar y recobrar salud según dice lo que escribió mi abuelo en la libreta. Y en junio del 48, después de descansar siete meses, mis abuelos compraron una bodega en Infanta y Jesús Peregrino que se dedicaba a la venta de víveres y licores, y, con mi abuela y mi padre, que tenía 8 años, se fueron a vivir para una casa que colindaba con la bodega. Mi padre me ha llevado varias veces por ese lugar que queda cerca de la Quinta de los Molinos, y me ha enseñado donde vivieron.

En esa bodega le fue muy bien a mi abuelo. Abría el establecimiento a las 7 de la mañana y cerraba a las 10 de la noche. Los domingos abría sólo 4 horas por la mañana. Tenía inicialmente un empleado o dependiente, y en ella trabajaba también unos horas mi abuela. Además de hacer las labores de la casa, atendía todo el mostrador, excepto la parte de la barra o el bar, y mi padre también ayudaba. Vendía a ratos cajas de cigarrillos, refrescos, latería y confitería, y llevaba mercancías a casa de los clientes. La venta aumentó porque mi abuelo trataba bien a los clientes, y se llegó a tener dos empleados. Pasaron años y en marzo del 55 mi abuelo vendió esta bodega en tres veces lo

que le costó. Logra así una pequeña fortuna como otros muchos emigrantes, a base de tesón y sacrificio.

Unos meses después, mi abuelo les pide dinero a sus hermanos, casi tanto como lo que obtuvo por la venta de la bodega, y compra en Lawton con ello unas casa para rentarlas. Se preocupa por tenerlas en buenas condiciones y atender a sus inquilinos, que lo querían como a un amigo. Entre mi abuelo, mi padre y otro hombre más le construyeron una acera a las casas. Poco a poco iba devolviendo el dinero que le prestaron.

En 1960 decide realizar con mi abuela y mi padre un viaje a España para ver a su mamá que ya tenía 93 años, y visitar a toda la familia. Le permitieron sacar 200 dólares a cada uno. Partieron el 3 de junio en el barco portugués Santa María con mar tranquila e hicieron la travesía en 12 días, con escalas en Port Everglades (en la Florida), Palma (Canarias), Santa Cruz de Tenerife (Canarias), (donde cuenta mi padre que un coro de danzas abordó el barco y animaron el resto del viaje con bailes y canciones). Luego hicieron escala en Funchal (en las islas Madeira, de Portugal), y Vigo (España).

En España estuvieron poco más de cuatro meses visitando a la familia y a amistades, estirando el dinero que llevaron, en un recorrido que los llevó por Vigo, Astorga, Matanza (la aldea), Cestona, San Sebastián, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, León y Madrid. En algunos lugares estuvieron más de una vez.

Mi abuelo hizo que en la aldea donde nacieron vendimiara mi padre, pisara las uvas y sacara el mosto, segara el trigo con hoz y con guadaña, trillara con los bueyes, jugara a los bolos, fuera en mulo con sus primos y primas a las fiestas de pueblos vecinos, y entre otras muchas cosas, viera dónde lavaban las mujeres del pueblo, y que además de que fuera a misa en la iglesia de la aldea, se sentara en el pupitre del aula de la escuela donde mis abuelo no pudo terminar el 6to grado por tener que trabajar, y donde también estudió mi abuela.

Durante ese gran recorrido, vieron corridas de toros en San Sebastián y en Madrid, partidos de fútbol y bailes folclóricos en pueblos y ciudades, incluyendo el de los maragatos² con sus vistosos trajes, según me ha contado mi padre.

La Ley de Reforma Urbana del gobierno Revolucionario de Cuba, encabezado por Fidel, hizo que no pasaran el Fin de Año en España. Tenían el pasaje de regreso por avión y salieron para La Habana del aeropuerto de Barajas en octubre del 60 en un avión Super-G Constellation de Iberia que, casualmente, tenía también el nombre de Santa María e hizo escala en Santa

² Llámense maragatos a los leoneses de la zona aledaña a Astorga (N.E.).

María de las Azores y después en Las Bahamas, antes de aterrizar en el Aeropuerto Internacional José Martí de La Habana.

A mi abuelo le tasaron las casas en poco más de la mitad de lo que le costó y se lo pagaron mensualmente hasta completarlo en 1969. Luego el gobierno socialista, siguiendo su propósito de no desamparar a nadie, le pasó una pensión de 200 pesos hasta que falleció el 3 de mayo de 1983, a la edad de 83 años, por lo que no nos llegamos a conocer, pues yo nací en el 90.

Dicen mi abuela y mi padre que mi abuelo, a pesar de que no terminó el 6^o grado, tenía muy buena ortografía. Era capaz de sumar números de tres cifras a la vez y se sabía las capitales de todos los países de Europa y de América y las de muchos otros países de los otros continentes, además de los principales ríos de muchos países y capitales, y conocía la historia de España. Y aunque no lo conocí, lo admiro mucho.

Ahora contaré sobre mi abuela por parte de padre, mi abuela emigrante, aunque al hablar de mi abuelo ya he contando algo de ella. A ella sí la conocí y la quería mucho y ella a mí también. Me contaba muchas cosas, de cuando ella era niña, de su querida aldea. Ella quería ser maestra, le gustaba la escuela y el estudiar, pero al terminar el tercer grado la pusieron a cuidar el rebaño de ovejas, a trabajar como pastora.

Recuerdo los cuentos que me hacía ella de los crudos inviernos, de las fiestas, de las romerías, de los pendones, y de los lobos y otros animales que merodeaban el pueblo, y de los miedos que pasaba sola y lejos de la casa, en compañía de su fiel perro de pelea, Navarro, que era muy valiente y cuidaba de ella y de las ovejas, y de otros dos perros más pequeños y lanudos que conducían al rebaño mordisqueándoles las patas a las ovejas que se descarriaban³ y de la habilidad de su hermano Balbino para dirigir las piedras con la honda cuando alguna vez la acompañaba en el pastoreo. Su padre era vendedor y salía durante semanas a viajar en tren vendiendo ovejas y puercos, y sus hermanos se ocupaban de la cosecha y de otras tareas.

En más de una ocasión me contó que un día Navarro le salió atrás a una zorra y de pronto a ella se le apareció el lobo. Trató de gritar: “¡Al lobo! ¡Al lobo! Navarro, ¡al lobo!” pero la voz no le salía, el miedo le había quitado el habla. Las ovejas no huían, se quedaban quietas, como bobas, y se dejaban matar sin chistar. Ya había matado dos o tres y mi abuela que tenía unos 10 años sin poder hacer nada. Cuando apareció Navarro, y el lobo huyó.

³ Se trata probablemente de un mastín leonés, raza de perros que se ha especializado en el cuidado del ganado y, especialmente, de la defensa contra los lobos. Los otros perros son conocidos como careas cuya función es guiar y conducir al ganado lanar. (N.E.).

En otra ocasión me contó que Navarro salió a fajarse tras un lobo. Mi abuela me decía que ella había visto a Navarro, que era muy valiente y fuerte, fajarse con dos lobos a la vez y ganarle a uno y hacer que los dos salieran corriendo, llevando alguna pata arrastro y soltando sangre, y ella le gritaba a Navarro para que no le siguiera, y él la obedecía, pero un día no hizo caso y se fue tras el lobo, y parece que se enfrentó a la manada, pues regresó muy maltrecho y no lo mataron gracias a un collar de púas que tenía alrededor de su cuello precisamente para protegerlo. Pero se pasó varios días para reponerse de las mordidas recibidas.

También en una ocasión su hermano Balbino regresaba al pueblo por un camino desde otro pueblo cercano a donde había ido a visitar a la novia y le había cogido la noche, y de repente el caballo no quiso seguir caminando, y Balbino vio a los lejos delante en el camino los ojos de un lobo. Decidió coger por otro camino y al poco rato le sucedió lo mismo. El lobo no lo dejaba pasar, y contaba mi abuela que Balbino le tiró una piedra y el lobo la cogió y la rechinó entre los dientes, por lo que decidió regresar al pueblo de la novia y pasar la noche allá en una venta para regresar al otro día temprano.

Hay muchos cuentos más que harían interminable este relato, pero hubo uno en el que un toro, que aparentemente era manso, estando en el pesebre, cogió a mi abuela un día de repente y la envistió, cogiéndola afortunadamente con los tarros⁴ por debajo de los brazos y la tiró encima de unos fardos de hierba seca, y afortunadamente, no le sucedió nada, sólo el susto.

Mi abuela era muy laboriosa y tenía 5 hermanos, la mayor era Pilar, que muy jovencita, a los 19 años emigró a la Argentina, le seguía Balbino, luego Manuel, Rosario y Felipe. Este último murió en la Guerra Civil Española.

Una vez recuerdo que me dijeron que mi abuela habló por teléfono después de cincuenta años sin oírse entre ellas sus voces, comunicándose sólo por cartas, con su hermana Pilar en la Argentina y fue tanta la emoción que ninguna de las dos pudo hablar casi nada, lo único que hicieron era decirse “mi hermana” y sollozar. Ya mis abuelos fallecieron y los hermanos de ellos también.

Mi padre es el otro emigrante. Él vino a Cuba de meses y sabía de la aldea, de Astorga, de León y de otras ciudades de España, por lo que le contaba mi abuelo y mi abuela. Él, desde muy pequeño, le escribía en las cartas de su padre o de su madre, unas líneas a la familia.

Él me cuenta que cuando se mudaron para Infanta, jugaba en la Quinta de los Molinos con otros muchachos. Estudió en el colegio de La Salle, en la avenida de Carlos III, pero se puso a fastidiar a los demás muchachos cuando

⁴ Cuernos (N.E.).

estaba en 5to grado y los curas lo botaron de la escuela. Mi abuela, en castigo, le dijo que iba a trabajar a tiempo completo en la bodega y él aceptó. Casi un año después, él le dijo a mi abuelo que quería seguir Dependientes de La Habana, logrando aprobar y entrar en el sexto grado. Al terminar el octavo con muy buenas calificaciones, quiso estudiar en San Alejandro, pero mi abuelo quiso que estudiara otra cosa primero y estudió Comercio, y sacó en los primeros dos años, hasta 1960 con las mejores calificaciones según su profesor. Aprendió inglés en una escuela pública y por sus buenas calificaciones se ganó una beca de verano en una escuela privada especializada en inglés, la Havana Business Academy.

En el sesenta, como ya dije, mi padre fue a conocer a su familia y a su aldea. Tuvo allí magníficas experiencias. Vio el pozo en la aldea, el cual había cavado en la roca con un pico mi abuelo con un hermano, cuando estuvo allí antes de la Guerra Civil. Vio los paisajes que él me ha descrito y que he visto también en fotos y tarjetas postales, y que algún día quisiera ver en persona. Luego del regreso, mi padre no pudo terminar sus estudios de Comercio, pues desactivaron esas escuelas y entonces comenzó a estudiar en una escuela Dibujo Comercial. Practicó natación, pero la dejó, pues tenía competencias por la noche y era cuando estudiaba dibujo, y de ahí fue a trabajar en una revista, como dibujante y luego como diseñador. De ahí pasó a trabajar como diseñador gráfico a un periódico nacional y llegó a ser Director Artístico.

Todos ellos me han inculcado el amor a España, a León, a Astorga, y a la aldea donde mis abuelos y mi padre nacieron. Por eso tengo también la ciudadanía española. Y me siento orgulloso de los tres, de mis abuelos españoles y de mi padre, mis emigrantes.